

No se trata sólo de un eslogan, sino de una experiencia que podemos experimentar, por diferentes razones. Veamos algunas de ellas.

Quien ayuda al prójimo, redimensiona sus sufrimientos. El encuentro con quien sufre cuestiona nuestros pequeños sufrimientos y frustraciones, redimensiona nuestros pequeños e insignificantes dramas cotidianos; pone a luz nuestra inmadurez que exagera nuestras dificultades y transforma los pequeños altibajos en grandes problemas.

Quien ayuda al prójimo, reduce su propio egoísmo y egocentrismo. El sufrimiento ajeno nos desinstala de nuestras comodidades y se convierte en un “llamado” a salir de nosotros mismos y de nuestro egoísmo; es una “pro-vocación” a hacer algo, a compartir lo que podemos y, por lo menos, nuestro afecto con quien necesita apoyo y cercanía.

Quien ayuda al prójimo, se hace agente de transformación social. La acción voluntaria nos pone en contacto con las múltiples injusticias sociales y nos ayuda a detectar las señales del sufrimiento escondido y darnos cuenta de que muchas realidades no son dignas de la persona humana. El voluntariado suscita una sana indignación frente al sufrimiento injusto, innecesario o que se puede aminorar: esta indignación se convierte en motor de una acción de transformación social.

Quien ayuda al prójimo, se capacita y adquiere una mirada más profunda sobre la sociedad. El voluntariado exige formación para hacer frente a los desafíos. Las necesidades que se descubren, junto con el descubrimiento de nuestra incapacidad para hacerles frente, nos obligan a buscar nuevos métodos de intervención, a cuestionar prácticas obsoletas, a innovar y a ser creativos.

Quien ayuda al prójimo, desarrolla todas sus potencialidades. La práctica exige la conyugación de la mente, el corazón y las manos; llama en causa la capacidad de afecto, de amor desinteresado, la capacidad concreta de cuidar. Para el voluntario eso significa un desarrollo de todas sus facultades.

Quien ayuda al prójimo, promueve la contracultura del involucrarse y comprometerse con el prójimo. En el mundo de la salud prevalece una actitud de distanciamiento del sufrimiento ajeno; a los estudiantes se les repite la advertencia de no involucrarse, de mantener una saludable distancia para ser más lúcidos y lógicos, más “profesionales”. Podemos poner en duda esta postura; tal vez se ayuda más cuando se dejan caer las barreras del rol y el poder, para acercarse con afecto, de persona a persona con quien sufre una dificultad, con empatía y calidez, con amor y cariño.

Quien ayuda al prójimo, aprende a vivir y colaborar con los demás. Ser voluntarios nos obliga a trabajar codo a codo con colegas, a discutir, a buscar juntos formas de intervención más adecuadas. El voluntario se fragua en la dialéctica del diálogo, del debate con los demás; nos vemos como



Para la humanización de la salud y el sufrimiento

obligados a escuchar puntos de vista y estrategias diferentes; nos educa a encontrarnos, a planear juntos, a determinar los pasos futuros, a verificar los logros y los fracasos.

Quien ayuda al prójimo, es promotor de esperanza para todos. Una mentalidad derrotista socava las perspectivas del mañana. El voluntariado va contracorriente: es una proclama de esperanza, un himno al futuro; cultiva el optimismo. Sin embargo, no lo hace porque no se dé cuenta de los problemas, los riesgos y peligros; ni siquiera porque le falte la capacidad de análisis y mantenga una visión ingenua de la realidad. El voluntariado es animado por la esperanza, entendida como la actitud activa de quien no se resigna, de quien es capaz de entrever entre rendijas nuevas posibilidades, de quien busca sin desanimarse hasta encontrar soluciones viables.